



## UNAMUNO SOBRE EL HOMBRE. NATURALEZA Y CULTURA –VIDA TRÁGICA– EN LA EDUCACIÓN

LUIS JIMÉNEZ MORENO (\*)

**RESUMEN.** Unamuno propone una filosofía vital y trágica sobre el conocimiento del hombre concreto en la imposibilidad de comprender racionalmente al hombre por el trágico combate de la vida con la razón, porque verdad es la que hace vivir, buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad. Así como es trágico vivir en contradicciones entre identidad y perdurabilidad. Esta filosofía se confirma en el contraste entre la ciencia –pedagogía sociológica– y la fuerza del instinto inconsciente de la naturaleza, el interno ordenador del caos externo del amor, al proyectar científicamente la generación de un genio. Al fin contando con las astucias de la naturaleza importa la afirmación de la continuidad aceptando al hijo de su hijo.

El notable escritor y filósofo español Miguel de Unamuno (1864-1936) tuvo su gran preocupación por saber de los hombres, por despertar en cada hombre la exigencia de su proyecto vital, su realización personal y la elevación cultural de su entorno.

Porque su propósito es más bien sugerir antes que instruir: «Mi empeño ha sido, es y será que los que me lean piensen y mediten en las cosas fundamentales, y no ha sido nunca el de darles pensamientos hechos. Yo he buscado siempre agitar, y, a lo sumo sugerir más que instruir» (Unamuno, 1958, 1, II, p. 374).

Y el asunto principal donde ejercer tal sugerencia es, para un filósofo, el pensamiento del hombre: «Y así, lo que en un filósofo nos debe más importar es el hombre» (Unamuno, 1958, 2, II, p. 771).

El hombre hecho problema filosófico, como San Agustín se hizo cuestión de sí mismo. El hombre como ser natural, cuya naturaleza se genera mientras vive y cómo vive. El hombre ser vivo natural que se proyecta y se realiza en su cultivo y su cultura y ésta es su tarea. Descubrir y fomentar las realizaciones culturales que desarrollan y engrandecen su naturaleza germinal propia y saber apartar las que la atrofian y amortiguan.

### VIDA Y RAZÓN. COMBATE TRÁGICO

Puede proponerse la filosofía unamuniana del hombre como *filosofía vital y trágica*, incluso como tarea religiosa: «Mi religión es buscar la verdad en la vida y la vida

(\*) Universidad Complutense de Madrid.

en la verdad, aun a sabiendas de que no he de encontrarla mientras viva» (Unamuno, 1958, II, 1, p. 370).

Sentido vitalista desde luego, de acentuar intensamente la vida, pero ¿cómo se aúna y se esclarece la vida con la verdad, que no deja de ser aspiración del filósofo? Lo que en lógica y en ciencia se entiende como verdad puede no ajustarse a la vida. Esto hace terrible la lucha del filósofo, las aspiraciones más íntimas de la vida y su oposición a las verdades que esclarece la razón. Se contraponen la fuerza pulsional de la vida propia de cada hombre a los modos universales y abstractos de la inteligencia. «Y es que, en rigor, la razón es enemiga de la vida», considerando lo terrible que resulta la rigidez del modo racional, científico, frente a la movilidad y diversidad propias de todo viviente. No se avienen las características de lo que podemos decir racional, científico, con las propiamente vitales, de los seres vivos, del hombre.

Es una cosa terrible la inteligencia. Tiende a la muerte, como a la estabilidad la memoria. Lo vivo, lo que es absolutamente inestable, lo absolutamente individual, es, en rigor ininteligible. La lógica tira a reducirlo todo a identidades y a géneros, a que no tenga cada representación más que un solo y mismo contenido en cualquier lugar, tiempo o relación en que se nos ocurra. (...) La mente busca lo muerto, pues lo vivo se le escapa; quiere cuajar en témpanos la corriente fugitiva, quiere fijarla. (...) Para comprender algo hay que matarlo, enrigir-decerlo en la mente. La ciencia es un cementerio de ideas muertas, aunque de ellas salga vida. (...) ¿Cómo, pues, va a abrirse la razón a la revelación de la vida? Es un trágico combate, es el fondo de la tragedia, el combate de la vida con la razón. ¿Y la verdad? ¿Se vive o se comprende?

Este análisis y razonamiento lleva al rector de la Universidad de Salamanca a concluir: «Todo lo vital es irracional, y todo lo racional es antivital, porque la razón es esen-

cialmente escéptica» (Unamuno, 1958, 2, p. 810).

Por esto, no importa aquí la definición universal, teórica, de hombre, todo hombre, cualquier hombre, que en realidad no es ninguno, sino que importa saber y promover la vida en cada viviente humano, con sus particularidades plenas en cada instante. Así Unamuno:

Ni lo humano, ni la humanidad, ni el adjetivo simple, ni el adjetivo sustantivado, sino el sustantivo concreto: el hombre. El hombre de carne y hueso, el que nace, sufre y muere —sobre todo muere—, el que come y bebe, y juega, y duerme, y piensa, y quiere; el hombre que se va y a quien se oye, el hermano, el verdadero hermano (Unamuno, 1958, 2, p. 729).

Cada hombre, varón-mujer, en su situación concreta, en su vida real, biológica, cultural, social y racionalmente, sin dejar fuera sus sentimientos. Porque el filósofo completa: «El hombre, dicen, es un animal racional. No sé por qué no se haya dicho que es animal afectivo o sentimental. (...) Más veces he visto razonar a un gato que no reír o llorar».

Saber del hombre, saber de *verdad*, fomenta los modos de vida, en cada caso, no valen identidades o generalizaciones abstractas. «Nuestra filosofía», afirma (Unamuno, 1958, 2, pp. 730-731), «esto es, nuestro modo de comprender o de no comprender el mundo y la vida, brota de nuestro sentimiento respecto a la vida misma. Y ésta, como todo lo afectivo, tiene raíces subconscientes, inconscientes tal vez».

No puede identificarse, pues, la verdad de la vida con la clarificación plenamente consciente y la intelectualización de identidades conceptuales y deducciones lógicas. Porque la verdad, ¿se vive o se comprende? Para afirmar y fomentar la vida, verdad, dice, «es lo que hace vivir, no lo que hace pensar», «la verdad en la vida y la vida en la verdad», del mismo modo

que puede ser verdadera una religión. «Por sus frutos les conoceréis a los hombres y a las cosas. Toda creencia que lleve a obras de vida es creencia de verdad, y lo es de mentira la que lleve a obras de muerte. La vida es criterio de la verdad, y no la concordancia lógica, que lo es sólo de la razón» (Unamuno, 1958, 3, p. 181).

## IDENTIDAD Y TRASCENDENCIA

Este «hombre de carne y hueso», yo mismo, no puede confundirse con ningún otro, es preciso afirmar la propia identidad: «¡Yo, yo, yo, siempre yo! —dirá algún lector—; ¿y quién eres tú? Podría aquí contestarle con Obermann, con el enorme hombre Obermann: “Para el Universo, nada; para mí, todo”. Esto lo repite en *El sentimiento trágico de la vida* y en su novela existencial *Niebla*, cuando busca el desenlace de la obra. Por esta razón no entiende que alguien quiera ser otro cualquiera. «Querer ser otro es querer dejar de ser uno el que es» (Unamuno, 1958, 2, p. 736).

Ser uno mismo, aun en la sociedad, en su propia naturaleza:

Busca sociedad, sí; pero ahora, por de pronto, chapúzate en naturaleza, que hace serlo al hombre. Sé serio. Lleva seriedad, solemnidad a la vida, aunque te digan los paganos que eso es ensombrecerla, que la haces sombría y deprimente. (...) Toma la vida en serio sin dejarte emborrachar por ella; sé su dueño y no su esclavo, porque tu vida pasa y tú quedarás (Unamuno, 1958, 4, p. 244).

La identidad propia de mi yo vital, en cada instante arraigada en la naturaleza, tiene su proyecto vital de permanencia, su afán de inmortalidad, su trascendencia sobre cuya preocupación empeña Unamuno todo su furor, cuando propone: «Ven-gamos ahora a la solución cristiana católica, pauliniana o atanasiana, de nues-

tro íntimo problema vital, el hambre de inmortalidad» (Unamuno, 1958, 2, p. 781), que proclama como «la esencia del catolicismo», y al final acentúa como «la solución católica de nuestro problema, de nuestro único problema vital, del problema de la inmortalidad y salvación eterna del alma individual, satisface a la voluntad, y, por tanto a la vida; pero el querer racionalizarla con la teología dogmática, no satisface a la razón. Y ésta tiene sus exigencias tan imperiosas como las de la vida».

Cuestión importantísima pertinente sobre la realidad humana, contraponiendo naturaleza y cultura, como apunte sugerente de este gran tema, en el cual incide con mayor fuerza que ningún otro, para hacer vibrar la filosofía vital de Unamuno sobre el hombre como filosofía trágica. La identidad propia, inmersa en la naturaleza tiende a sobrepasarse por encima de la naturaleza para permanecer indefinidamente. Esto no puede descubrirse en la naturaleza, esto no puede explicarse por la razón, sino todo lo contrario. Y sin embargo permanece inextinguible en lo más profundo de mi anhelo. Aquí surge vitalmente la tragedia.

Ya hablamos de la tragedia, como «un trágico combate, es el fondo de la tragedia, el combate de la vida con la razón», por la contradicción en sus características, a las que se agarra Unamuno sin poder disolverlas. Y se achaca a sí mismo ser hombre de contradicción, «... está lleno de contradicciones, no le puedo encasillar; ¿qué es? Pues eso, uno que afirma contrarios, un hombre de contradicción y de pelea, como de sí mismo decía Job, uno que dice una cosa con el corazón y la contraria con la cabeza, y que hace de esta lucha su vida» (Unamuno, 1958, 2, p. 962).

El planteamiento vital de la realidad humana le lleva a Unamuno a vivir en la tragedia. Tragedia es «la lucha del héroe con el destino» para los griegos, aunque el héroe sucumba. Tragedia es aceptar los

contrarios, meterse en la contradicción sin lograr síntesis, ni armonía, sino continua, terrible contradicción, insuperable, como afronta Unamuno el hambre de inmortalidad. Se siente como Sísifo.

Sí, a pesar de todo, la tragedia culmina aquí. Y el alma al menos, anhela otra cosa, no absorción, no quietud, no paz, no apagamiento, sino eterno acercarse sin llegar nunca. Y con ello un eterno carecer de algo y un dolor eterno. Un dolor, una pena, gracias a la cual se cree sin cesar en conciencia y en anhelo (Unamuno, 1958, 2, p. 958).

Y se refleja, trágicamente, en *El buitre de Prometeo*:

Nacer fue mi delito,  
nacer a la conciencia,  
sentir el mar en mí de lo infinito  
y amar a los humanos...  
¡pensar es mi castigo!  
¡Dale, dale de firme, cruel amigo!

.....  
¡Sea inmortal dolor, mi eterno buitre,  
y no placer efímero, mi premio!

Aquí se contraponen la fuerza pulsional de la vida naciendo, difundiendo el bien a los humanos, como hizo Prometeo, y la ley imposible de transgredir, que corta todo exceso más allá de lo humano. Tiene su castigo en el tormento. Lo que nace tiene que morir. Pero Unamuno afirma, «quiero vivir», vivir sufriendo, pero vivir, aun trágicamente amenazado de continuo con la muerte.

Es precisamente en esta insuperable contradicción, el hambre de inmortalidad, tan intensamente sentida con el corazón y el rechazo total de cualquier creencia en tal sentido, tan firmemente razonado por la cabeza, como atribuye Unamuno a don Quijote, siguiendo a Kierkegaard, cuando admira al patriarca Abraham, en el modo de orientarse. «Y mientras tu cabeza te decía que no, decíate tu corazón que sí, y tu voluntad te llevaba en contra de tu entendimiento y a favor de tu fe. En mantener esta lucha entre el co-

razón y la cabeza, entre el sentimiento y la inteligencia, y en que aquél diga ¡sí! mientras ésta dice ¡no!, y ¡no! cuando la otra dice ¡sí!, en esto y no en ponerlos de acuerdo consiste la fecunda y salvadora» (Unamuno, 1958, 3, p. 225).

La expresiva metáfora de la realidad corporal, significando la fuerza vital exteriorizante de las objetivaciones del intelecto que significa en la cabeza y pueden resultar extrañas, frente a la intimidad inalienable del sentir, que es sangre, ánimo, significada con la víscera cordial, el corazón. Esto queda explicado *En el fondo del abismo*, cuando escribe:

Ni el anhelo vital de inmortalidad humana halla confirmación racional, ni tampoco la razón nos da aliciente y consuelo de vida y verdadera finalidad a ésta. Mas he aquí que en fondo del abismo se encuentran la desesperación sentimental y volitiva y el escepticismo racional frente a frente, y se abrazan como hermanos. (...) El escepticismo, la incertidumbre, última posición a que llega la razón ejerciendo su análisis sobre sí misma, sobre su propia validez, es el fundamento sobre que la desesperación del sentimiento vital ha de fundar su esperanza (Unamuno, 1958, 2, p. 825).

## INSTINTO Y PEDAGOGÍA EN LA GENERACIÓN DEL GENIO

Notable expresión del contraste e interacción de naturaleza y cultura en la vida humana, podemos verla en la novela *Amor y Pedagogía* (1902), donde Unamuno narra las peripecias de cálculos en intervenciones del protagonista para conseguir generar un genio, siguiendo todas las normas sugeridas por la ciencia que él admira, la *Pedagogía sociológica*.

Así propone su axioma: «... porque el hombre que ha hecho los dioses a su imagen y semejanza, es capaz de todo; pero lo indudable es que llegará a hacerse genios mediante la *pedagogía sociológica*, y el día

en que todos los hombres sean genios...» (Unamuno, 1983, pp. 31-32) y deja la conclusión abierta.

Afirmando los hechos y confiando en la ciencia, lanza su propósito. «Tiempo hace que maduro un vasto plan para llevar a la práctica mis teorías, aplicando mi pedagogía sociológica *in tabula rasa...*» (Unamuno, 1983, p. 33). Y madurando este plan, prosigue: «Medita, en efecto, Carrascal buscarse mujer a él y a su obra adecuada, y con ella casarse para tener de ella un hijo en quien implantar su sistema de pedagogía sociológica y hacerle genio. Por amor a la pedagogía va a casarse deductivamente».

Están manifiestos los principios que llevarán a cabo un proyecto infalible, interviniendo la naturaleza, hábilmente obedecida siguiendo procedimientos de *la ciencia*, esa pedagogía sociológica en la que cree a pie firme el protagonista.

Y así contrapone la fuerza de la naturaleza, del instinto de lo inconsciente, y las pretensiones de la ciencia, a conciencia del científico programador para conseguir los resultados apetecidos, desde el momento de ponerlos en práctica para elegir la madre apropiada para alumbrar el genio.

Y se dispone a poner en práctica ese matrimonio deductivo, según él, conforme a los principios, bien pensados, de la ciencia. Para generatriz del genio, pretende a «Leoncia Carbajosa, sólida muchacha dólico-rubia, de color sano, amplias caderas, turgente y levantado pecho, mirar tranquilo, buen apetito y mejores fuerzas digestivas, instrucción variada, pensar libre de nieblas místicas, voz de contralto y regular dote» (Unamuno, 1983, p. 34) y tratando de llevar a efecto el acuerdo con Leoncia, la dólico-rubia, entra en escena Marina del Valle, braqui-morena, y todo el programa interior de Avito Carrascal se desmorona. «Pero, ¿qué tendré hoy —se dice el futuro padre del genio—, qué me pasará que no acierto a ligar dos ideas? ¿Se

me rebelará la bestia? Marina, en tanto, parece esperar lo de la savia de los vegetales; vésele el ritmo del pecho, y en sus cabellos de azabache se tiende a descansar la luz cernida por los visillos.»

Y contrapone todo su elogiado saber a cuanto le hace sentir la presencia de la joven. «¿Qué cosas sabes tú, Avito Carrascal, qué cosas sabes frente a esos tersos ojos cándidos que empiezan a decirte lo que no se sabe ni se sabrá jamás?»

Aquí se hace intensamente vivo el contraste, la fuerza del instinto, saber, sentir, no saber, que le hace aplazar la entrega de su propuesta amorosa a Leoncia, atraído por el tirón del encuentro con Marina, y envuelto en su indecisión, teme haberse vuelto tonto. «¡Tengo para mí que ha entrado en juego el Inconsciente...» (Unamuno, 1983, p. 37). «Desde las excelsas cimas de la deducción se ha despeñado a los profundos abismos inductivos.»

Y ya dispuesto a cambiar su declaración de amor para engendrar el genio, de la dólico-rubia Leoncia a la braqui-morena Marina, pasando de la deducción de sus principios científicos a la inducción inconsciente del atractivo amoroso, vibra la reflexión filosófica del autor sobre tales antinomías. «Y se abre la única batalla que hasta hoy ha empeñado Avito en su conciencia. Es en ésta un terremoto; agítanse ondulantes las oscuras entrañas espirituales, el elemento plutoniano del alma amenaza destruir la secular labor de la neptuniana ciencia, tal como así la concibe, en geológica metáfora, el mismo Carrascal, escenario trágico del combate. “Ha entrado en juego el Inconsciente”, se dice a cada paso.»

El pensamiento quiere justificar esta resolución contra los principios, porque en el interior, la conciencia advierte al protagonista: «Mira, Avito, que caes... que caes, es el señuelo... así no se llega al genio... que caes Avito... que caes... ¡Cállate!». Y termina en esta conclusión:

«¡Marina es materia prima del genio, forma de él yo! ¿Pues qué?, ¿la belleza física nada quiere decir? Los verdaderos genios, los de verdad, han debido de ser hijos de mujeres guapas, y si la historia lo negare, o es que el supuesto genio no es tal o es que no se fijaron bien en su madre» (Unamuno, 1983, p. 38).

Ha triunfado la fuerza del instinto frente a los principios de la ciencia; en lenguaje del novelista la resolución por inducción, antes que por deducción. Y así ocurrirá en las siguientes situaciones y proyectos que se presenten en la vida del protagonista y del hijo, nacido para genio.

Así ocurre a la hora de poner nombre al recién nacido, con sonoridad y designación de la lengua griega que es la lengua del saber y de los nombres científicos. En el elenco de nombres propuestos, el padre se decide por *Apolodoro*, don de Apolo, en vez de Todoro, don de Dios, porque en Apolo ya no cree nadie y sí existen todavía creyentes en Dios, de cuyas supersticiones hay que huir, mientras Apolo no es más que un símbolo del Sol, de la luz, del generador de la vida. Pero no es un nombre puramente científico, algebraico, es mitológico, con resonancias ideales. por eso oye la voz:

Caíste ya y vuelves a caer, y caerás cien veces y estarás cayendo de continuo; transigiste en el amor, con el instinto, con la carne; transigirás con la superstición pagana y tu hijo llevará siempre como un estigma ese nombre y le llamarán abreviándose: Apolo... ¿qué va de Apolo a Dios? (Unamuno, 1983, p. 49).

El instinto, la superstición, factores diversos del inconsciente, se van imponiendo en la práctica a las pretensiones de racionalidad ideal pretendida en los proyectos del científico. Volvemos a pensar en la fuerza atractiva de la muchacha que le entra por los ojos hasta mover irresistiblemente el corazón en su enamoramiento, «¿qué cosas sabes frente a esos tersos

ojazos cándidos que empiezan a decirte lo que no se sabe ni se sabrá jamás?». Se impone el reconocimiento de algo en lo que puede que no penetre nunca la racionalidad perfecta del saber plenamente claro, como pulsión, como fuerza, como anhelo.

Tras innúmeras caídas, como le advierte la voz, repasando históricamente sus muchos conocimientos de la ciencia y de la filosofía, llega el protagonista a un consejo muy diferente a lo que antes esperaba de su hijo, que iba para genio, que sea ilógico, sin encasillamientos, especie única, tú mismo, grabando en cada sonido que a ti venga tu propio timbre.

Extravaga, hijo mío, extravaga cuanto puedas, que más vale vagar a secas. Los menos que llaman extravagante al prójimo, ¡cuánto darían por serlo! Que no te clasifiquen; haz como el zorro, que con el jopo borra sus huellas; despístaes. Sé ilógico a sus ojos hasta que renunciando a clasificarte se digan: es él, Apolodoro Carrascal, especie única. Sé tú, tú mismo, único e insustituible. No haya entre tus diversos actos y palabras más que un solo principio de unidad: tú mismo. Devuelve cualquier sonido que a ti venga, sea el que fuere, reforzándolo y presentándole tu timbre. El timbre será tuyo (Unamuno, 1983, p. 84).

En último término cuenta la afirmación de la personalidad propia de cada uno, lo individual, lo no relacional, no generalizable, y que no se puede racionalizar en ideas claras y distintas comunicables para todos, siempre de la misma manera, en todos los tiempos. La realidad propia en el ser y en el actuar debe llevar el timbre de quien las asimila y las realiza como persona.

Son varias las situaciones que se analizan para ver el contraste, siempre intenso y conflictivo, entre la pulsión, lo más propio de cada uno inclarificable y las pretensiones de prefijar, a priori, el propósito, los prenotandos y el procedimiento, es la pujanza del amor que hinche el cuerpo

todo de Apolodoro, contra el que no pueden nada las razones, ni los pensamientos, «sólo que el único juicio sintético a priori, el interno ordenador del caos externo es el amor».

Empieza la Humanidad a cantar en él; en los abismos de su conciencia, sus pretéritos abuelos, muertos ya, canturrean dulces tonadillas de cuna a los futuros nietos, nonatos aún. Revélase la eternidad en el amor; el mundo adquiere a sus ojos sentido, ha hallado sendero el corazón sin tener que galopar a campo traviesa. El ruido de la vida empieza a convertirse en melodía; medita, comprendiéndolo ya, en aquello de los juicios sintéticos y de las formas a priori de Kant, sólo que el único juicio sintético a priori, el interno ordenador del caos externo, es el amor. Toca la sustancialidad de las cosas, su tangibilidad por el tacto espiritual; le es ya el mundo de bulto, macizo, sólido, con contenido real. Esto es lo único, que no necesita demostrarse, que se demuestra por sí; mejor dicho, que no se demuestra, que es indemostrable (Unamuno, 1983, p. 96).

La realidad misma se impone, sin necesidad de razonamientos demostrativos, es el amor, no la racionalidad ordenadora del cosmos, «el interno ordenador del caos externo, es el amor» y esto persiste en las diferentes situaciones de Apolodoro, el hijo de Avito, engendrado para genio.

El hijo va viendo sus escasos logros y sus fracasos, a pesar de las grandiosas lecciones filosóficas que recibe. El escaso éxito de su novela, el ser desplazado por otro en la conquista del afecto de Clarita. Todo ello le incita a desistir, y a cada fallo se repite a sí mismo: «¡Oh, dimito, dimito!».

Entre todas estas vicisitudes brotan las reflexiones unamunianas de identidad personal, y de perdurabilidad sin término, e invoca a la esfinge.

Dicen que ha salido del juego. ¡El juego! El juego es un esfuerzo por salirse de la lógica, porque la lógica lleva a la muerte. Me llaman materialista. Sí, materialista, porque

quiero una inmortalidad material, de bulto, de sustancia... Vivir yo, yo, yo, yo, yo... Pero haz hijos, Apolodoro, ¡haz hijos! (Unamuno, 1983, p. 114).

Da vueltas a esta idea, y se revuelve en medio de tantos fracasos, con desaliento y su resolución de dimitir. Pero enhebra conversación con Petra, la criada: «¡Qué salud!, ¡qué colores! Se le ve y se le oye respirar. —¿Y en tener hijos has pensado?». Por ahí, sin reflexionarlo mucho, se ve llevado ahora el señorito y el ardor amoroso le empuja a intentar unirse generativamente con Petra, ante la voz «¡Haz hijos!», «¡hazte inmortal!», después de haber sido rechazado por Clarita (Unamuno, 1983, p. 124). «Y he aquí que a las pocas noches es, a oscuras, un “calla, calla... ¡Clarita! ¡Clarita!” previa promesa, claro está, para que Petra cediera.»

Todo el embarullado proceso le llena de confusión y de vergüenza y resuelve definitivamente dimitir. Entonces escribe, a modo de testamento. «Soy un miserable, he cometido una infamia. ¡Adiós, mi madre, mi fantasma!» (Unamuno, 1983, p. 125). Y prosigue:

¡Adiós, Clara, mi Clara, mi Oscura, mi dulce desencanto! ¡Pudiste redimir de la pedagogía a un hombre, hacer un hombre de un candidato a genio... que hagas hombres de carne y hueso; que con el compañero de tu vida los hagas, mi amor, en amor, en amor y pedagogía! ¡El genio, oh el genio! El genio nace y no se hace, y nace de un abrazo más íntimo, más amoroso, más hondo que los demás, nace de un puro momento de amor, del amor puro, estoy de ello cierto; nace de un impulso, el más inconsciente.

## PROPUESTA FINAL

En contraposición de la fuerza del amor y la capacidad de racionalidad, de ciencia, tiene mayor pujanza la pulsión natural del instinto, habrá de contar con ella el

conocimiento, la reflexión racional para potenciarlo de la mejor manera posible.

Unidos íntimamente en el dolor por la pérdida del hijo —el fracaso del genio, dimitido, suicidado—, Avito y Marina, la forma y la materia, llegan hasta coincidir en los rezos, Marina y Avito juntos, y descubierto el estado de Petra, que espera el hijo de Apolodoro, anima en los abuelos el espíritu de continuidad vital, en el hijo de su hijo, y le dicen a la criada: «Desde hoy serás nuestra hija y te quedarás con nosotros, y tu hijo será siempre el hijo de nuestro hijo, nuestro nieto, y nada le faltará y le cuidaremos, así como a ti, y le educaré, sí, le educaré... le educaré... y no volverá a pasar lo que con Apolodoro ha pasado, no, no volverá a pasar lo mismo, te lo juro... le educaré yo y éste sí que saldrá genio, Petrilla; te aseguro que tu hijo será genio, sí, le haré genio, le haré genio, y no se enamorará estúpidamente; le haré genio» (Unamuno, 1983, p. 135).

Las astucias de la naturaleza han hecho que avive la esperanza de continuidad, el entusiasmo por seguir viviendo, sabiendo e interviniendo en sus modos de

vida, y sin querer renunciar a los mismos objetivos de la ciencia, en la que tiene puesta su fe optimista Avito Carrascal, en la *Pedagogía sociológica*. Contando con la experiencia pretende haber aprendido para acertar ahora sin fallo en el empeño. Con todo, reconociendo la fuerza de la naturaleza ¿se conseguirá una elevación de la vida de los hombres pujante, amorosa, sabia y bella, contando con el desarrollo de los conocimientos científicos y del saber humano?

#### BIBLIOGRAFÍA

- UNAMUNO, M.: «Mi religión», en *Ensayos, I y II*. Madrid, Aguilar, 1958, 1.  
— «El sentimiento trágico de la vida», en *Ensayos, II*. Madrid, Aguilar, 1958, 2.  
— «Vida de don Quijote y Sancho», en *Ensayos, II*. Madrid, Aguilar, 1958, 3.  
— «Adentro», en *Ensayos, I*. Madrid, Aguilar, 1958, 4.  
— *Amor y Pedagogía*. Madrid, Club Internacional del Libro, 1983.